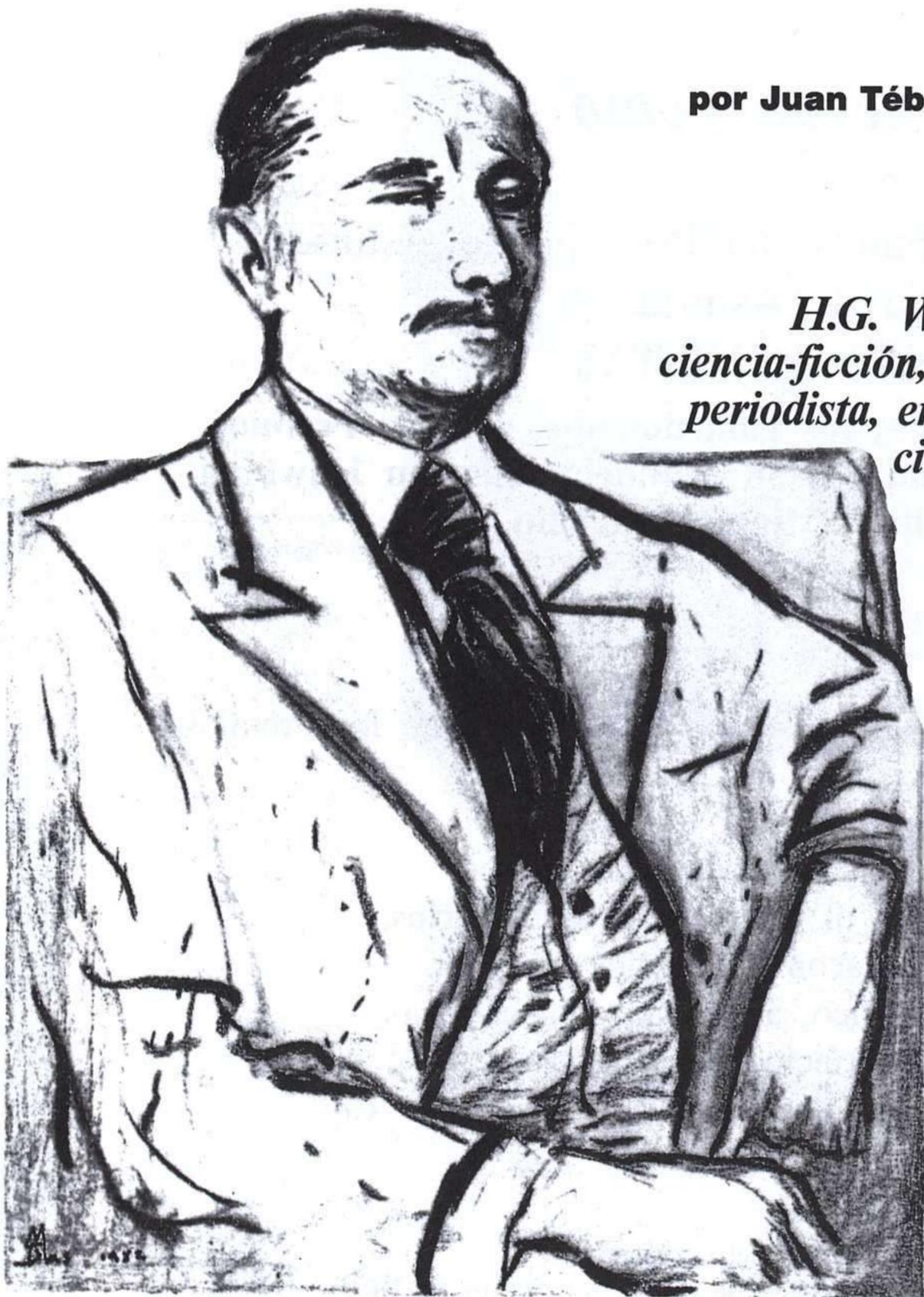


Las misteriosas criaturas de H.G. Wells

por Juan Tébar*



Herbert George Wells (1866-1946).

H.G. Wells, considerado el padre de la ciencia-ficción, fue un autor polifacético como periodista, ensayista y novelista, con más de cien obras publicadas, difíciles de situar bajo una sola etiqueta o género literario. Sin embargo, en el siguiente artículo, se analizan solamente cuatro de sus obras más populares —La máquina del tiempo, La guerra de los mundos, La isla del doctor Moreau y El hombre invisible—, que mantienen su nombre entre los clásicos del entretenimiento. Son narraciones fantásticas, de ciencia-ficción, de misterio e, incluso, de terror, protagonizadas por extrañas criaturas que, como sostiene el autor del artículo, definen a su creador.

Nació H.G. Wells en Bromley, Kent, Inglaterra, en 1866. Su padre era tendero y la familia creyó ingenuamente que el muchacho se iba a educar para el mismo negocio. Preferiblemente en una tienda de paños, como su estupendo personaje Kipps. Pero Herbert George tenía otras ambiciones: la ciencia y la literatura. Trató siempre de compaginar ambas, en favor muchas veces de una teoría filosófico-histórica que sus propias novelas acabarían negando: creía que el progreso científico haría feliz a la humanidad. Esos buenos deseos no se vieron precisamente confirmados por la historia que le tocó vivir, y quizás esa decepción le llevó a los extremos opuestos.

Finalmente fue escritor, como quería. Y divulgador científico. Escribió cuentos y novelas, pero se interesó también muy activamente por la política (era socialista *fabiano*, como Bernard Shaw) y por la religión. Teóricamente práctico en la mayoría de sus proyectos filosóficos, a la postre se revelaba un idealista que fracasó en casi todas sus causas. Sus científicas estructuras intelectuales, siempre encaminadas a algún beneficio concreto, se convertían en utopías imposibles. Fue novelista sobre todo, y poeta en el fondo. Inventor de mundos y de gentes que sólo se realizaban en la imaginación. Pero, a veces, incluso esas criaturas ficticias veían también frustrados sus grandes empeños.

Wells escribió sobre la clase y la sociedad inglesa

que le tocó vivir. Algunas de sus mejores novelas, aunque no de las más populares (*Kipps* y *El amor y Mr. Levisham*) pertenecen a ese sector de inteligente costumbrismo en su obra. También cultivó el ensayo social y político. Y la historia. Finalmente, fue sumiéndose en un melancólico pesimismo intelectual —al que contribuyó en gran parte la Segunda Guerra Mundial, cuya inevitabilidad sospechó con temor—, y sus últimas obras de pensamiento reflejan una gran desilusión. Por el hombre en general (*La fatalidad del Homo Sapiens*) y por sí mismo, a quien se retrató críticamente en una autobiografía redactada como si la escribiera otro.

Sus libros más populares, los que todavía mantienen presente su nombre entre los clásicos del entretenimiento, que han dado lugar a versiones cinematográficas y que justifican su inclusión en las páginas de esta revista, son las narraciones fantásticas, de misterio, de ficción científica, de terror incluso. Presentado ya brevemente el creador, visitemos a algunas de sus criatu-



MIGUEL A. RODRÍGUEZ, LA MÁQUINA DEL TIEMPO, MADRID: ANAYA, 1982.

ras. Extraídas de esos relatos de intriga, aventura y emoción que le hicieron famoso. «Deleitables horrores», como las llamó Borges.

Sus criaturas

Como el monstruo para el doctor Frankenstein, el rey de los vampiros para Stocker, la muñeca para el profesor que inventó Hoffmann, como para Cervantes aquel loco hidalgo, las criaturas definen al creador. Con una selección de ellas nos vamos a relacionar durante la mayor parte de este homenaje a H.G. Wells. Si volvemos al fabricante, en este trecho, será de la mano de sus inventos. Empezamos, pues, por la primera de esas fantásticas criaturas: la nave que surcaba los

años, *la máquina del tiempo*.

En 1895, Wells publica su tercer libro, que es la primera de sus novelas fantásticas: el primer título sería *La máquina del tiempo, una invención*, y en España se traduciría por vez primera como *La máquina exploradora del tiempo*. Tuvo que escribirla en dos semanas de trabajo agotador. Era su primera oportunidad literaria importante y no había más remedio que comenzar con el sacrificio al que durante siglos han tenido que someterse todos los creadores a sueldo y por encargo. Pero consiguió un libro apasionante, representativo hasta la fecha de lo que después iba a ser un género, y principal en toda su posterior producción novelística. Constantino Bértolo en el apéndice para la edición en la colección Tus Libros (Anaya, 1984)

dice de ella: «Su carácter de *opera prima* hace su estudio más apasionante, pues en ella, como en una semilla, reside ya todo el fruto, se encuentran las raíces del resto de sus novelas».

Este libro se publicó primero por jornadas, como era costumbre de la época. Igual que a Dickens, otro ilustre especialista en novelas por entregas, el éxito le sonrió desde el principio. Wells se hizo célebre enseguida gracias a su primera invención fantástica. Apareció en la *New Review*, y retomaba el asunto del viaje al futuro que H.G. había usado en su primera obra, publicada siete años antes (*The Chronic Argonauts*, la bonita idea de manipular la mitología para convertirla en ciencia-ficción). Ante la espléndida acogida de su máquina, Wells irá abandonando toda ocupación ajena a la escritura, o a cualquier otro asunto que no esté directamente relacionado con su obra, conferencias, artículos, etc.

Gracias al dinero que le proporciona desde el principio la literatura, adquirirá una casa junto al mar (ilusión de toda su vida), la llamada «Casa de las espadas», para dedicarse desde ella a su vocación, que felizmente se ha convertido ya en trabajo profesional. Allí empezará a escribir sin descanso, aunque no siempre, en los años venideros, con la misma satisfacción. Cincuenta y un años después de la botadura de su aparato para surcar el tiempo, muere Wells para entrar definitivamente en el futuro, como el viajero de su libro. Esta última imagen literaria se le ocurrió antes a Constantino Bértolo. Él ha estudiado también, para sus ediciones en la misma colección de Anaya, tres novelas más de Wells, en cuyos comentarios nos volveremos a apoyar más adelante.

«El viajero a través del Tiempo» (Wells nos dice desde las primeras líneas del primer capítulo, «que con vendrá llamarle así») es un hombre con pretensiones y habilidades científicas que cuenta a los sabios oficia-



Fotograma de *La isla de las almas perdidas*, adaptación cinematográfica de *La isla del doctor Moreau*, dirigida por Erle C. Kenton en 1932.

les una extraordinaria historia. Hoy ya han viajado por el tiempo muchas criaturas literarias y cinematográficas, pero entonces no era una cosa tan *frecuente*. El viajero deja interesados aunque escépticos a sus contertulios —entre los que se encuentra el autor— con un pequeño prototipo, y los asombra e incluso escalofría, cuando les relata sus experiencias en la máquina verdadera. Pero se necesitan más pruebas (¿fotografías, tal vez?) y al cabo de dieciséis capítulos, el viajero parte nuevamente a recorrer millones de minutos. El libro acaba sin que haya vuelto. El autor reflexiona en un epílogo, y elucubra si su extraño amigo estará colgado en el Ayer, o se encontrará viviendo en el Mañana. El optimismo histórico del Wells de entonces le hace pensar que quizá «[...] marchó hacia el futuro, hacia las edades próximas, en las cuales los hombres son hombres todavía, pero en las que los enigmas de nuestro tiempo están aclarados y sus problemas fastidiosos resueltos...».

Si uno tiene algún lector, ya habrá visto, en otras aproximaciones a otros escritores, que nos gusta remitir a las versiones cinematográficas que inspiraron las obras que citamos. En muchos casos tales adaptaciones no son de la calidad que merecen las novelas que las precedieron, pero nos parece un indudable índice de la popularidad de esos libros el que hayan seguido tentado a productores, guionistas y directores. Es una prueba más, por si hiciera falta, de que los clásicos de la literatura siguen interesando en el futuro. En ese mismo futuro al que quizás había viajado aquel protagonista de la novela que ahora comentamos.

Hubo, en 1960, una versión que en España tradujeron como *El tiempo en sus manos*, dirigida por George Pal, especialista en ciencia-ficción. En 1964 y en 1967 se hicieron dos secuelas, llamadas cada una *The Time travellers* y *Journey to the centre of time*, esta última jugando con el título de



BEATRIZ UJADOS, LA ISLA DEL DR. MOREAU, MADRID: ANAYA, 1990.

la famosa novela de otro clásico de la fantasía, Julio Verne.

Hay muchos filmes cuyo argumento trata de los viajes temporales, como hay muchísimos escritores que hicie-

ron de esa fantasía el tema de sus invenciones. Ocuparía demasiado espacio referirnos a ellos, baste sólo dejar constancia, pues sin duda la mayoría de esas películas o textos no existirían

si Wells no hubiera escrito su *Máquina* primera. Pero vale la pena citar *Los pasajeros del tiempo* (1979) dirigida por el también novelista Nicholas Meyer. En ella, es el propio H.G. Wells, interpretado por el chico airado del *free cinema* Malcolm McDowell, quien se traslada al futuro, en busca nada menos que de Jack el Destripador, que le había robado su máquina del tiempo.

Los horrores de Moreau

Charles Edward Prendick, náutico en una isla desconocida e inquietante, descubre rasgos bestiales en algunos de los colaboradores y sirvientes de su anfitrión. Y, de repente, le asalta el recuerdo de una frase: «“Los honores de Moreau”... ¿Era eso? No. ¿Los qué de Moreau?... ¡Ah! Mis reminiscencias dieron un salto de diez años. “Los horrores de Moreau.” Aquella frase navegó suelta, a la deriva, durante unos momentos, por las oquedades de mi mente, y luego pude recordarla perfectamente escrita en letras rojas sobre un folleto amarillento, cuya lectura le ponía a uno los pelos de punta y la carne de gallina». El héroe de la espeluznante aventura acaba de dar en el clavo: su anfitrión es nada menos que el doctor Moreau, que se dedica a la manipulación genética. Las criaturas que le sirven son animales cruzados de seres humanos, bestias mezcladas con otras bestias, monstruos esclavizados por su creador, a los que Moreau ha inculcado un respeto místico por *la ley*, pero que finalmente se rebelarán. No ha ido a parar Prendick a buen sitio. El miedo del protagonista y el del lector merecen ser cervales.

En 1896, publicó Wells esta novela, *La isla del doctor Moreau*, una de sus fábulas más estremecedoras, que no sólo ha sido recreada en el cine, como casi todas, sino que dio lugar a otra novela de uno de los maestros de la ciencia-ficción: Brian W. Aldiss,



La sombra de Moreau es alargada. Al final del libro, cuando Charles ya se ha librado de aquella isla, esa sombra se presenta en las grandes ciudades y en circunstancias aparentemente normales: mira a los seres humanos y sospecha en ellos la huella de la bestia. Cree que ahí están otra vez las criaturas de Moreau. Por si acaso, Prendick huye de la gente. «Por esta razón vivo cerca de los anchos y libres páramos del sur de Inglaterra, a donde puedo escaparme cuando esa sombra me oscurece el alma.» En el cine, dos actores muy ilustres han encarnado al personaje terriblemente inolvidable: Charles Laughton, nada menos, fue Moreau en *La isla de las almas perdidas* (1932) de Erle C. Kenton, una joya de aquella época del cine fantástico. Y Burt Lancaster, en 1977, dirigido por el antiguo actor Don Taylor, hizo lo que pudo en una versión muchísimo menos interesante.

El hombre invisible

En 1897, se publica *El hombre in-*

visible (*A grotesque romance*, según lo tituló el propio Wells). Una de las más divertidas novelas de su autor, una de las mejores de su género, que dio pie a una de las más interesantes películas basadas en novelas de H.G. Wells. Volvemos a pedir a Constantino Bértolo su colaboración desinteresada. Dice en su apéndice citado a la edición de Tus libros: «Con *El hombre invisible*, H.G. Wells alcanzó una popularidad impresionante. Podría decirse que es su obra más conocida y traducida, y evidentemente representa uno de los mayores logros dentro del género de ciencia-ficción. El cine la ha popularizado, y su personaje central, como Frankenstein, es uno de los mitos de la sociedad contemporánea».

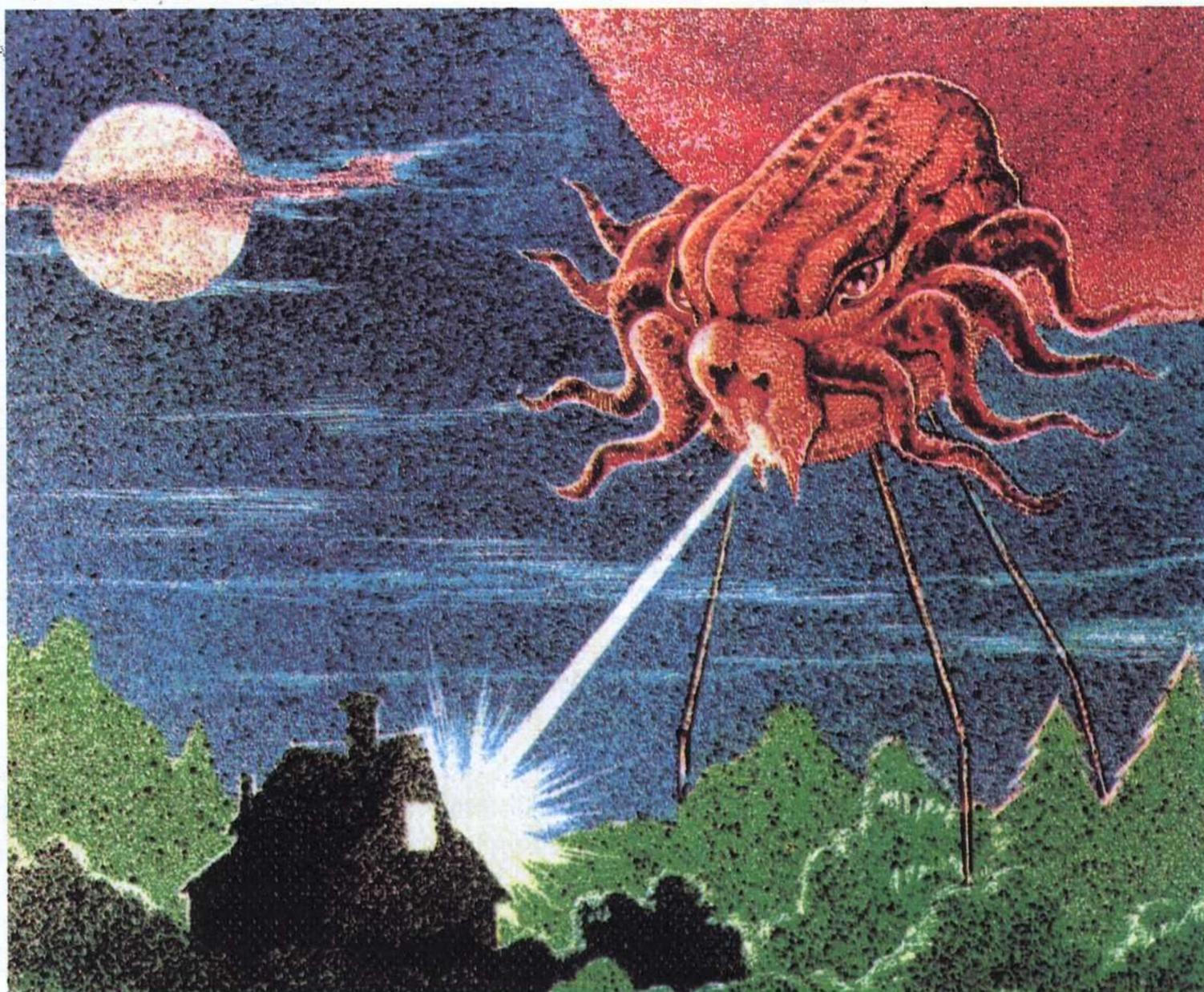
Vemos, pues, cómo la fama del escritor popular aumenta, y cómo está

ya inmerso en lo que literariamente se llama *género*, pero incluir esta historia en la ciencia-ficción es algo discutible. Por supuesto que la fórmula para hacerse invisible que utiliza Griffin es un preparado científico. Como lo era el brebaje que se echaba al coleteo el doctor Jekyll para convertirse en Hyde. Sin embargo, ambas novelas exceden o se apartan de las coordenadas habituales en el género antedicho. Son historias fundamentalmente fantásticas, y la excusa *científica* es eso, una excusa. No así la próxima novela que citaremos, que entra de lleno en la imaginaria clásica de la ciencia-ficción. Pero antes vamos a detenernos unos segundos en la versión cinematográfica de esta novela anterior.

El hombre invisible de J. M. Whale (1933), que también fue el director de títulos claves como *Frankenstein*, *La novia de Frankenstein* y *El caserón de las sombras*, es una joya del cine de su estilo, y una de las muchas estupendas películas que de ese género hizo la Universal en aquella época. No debe faltar en la videoteca de ningún buen aficionado. Aunque, eso sí, la adaptación del original de Wells fue bastante libre.

¡Que vienen los marcianos!

La novela de Wells *La guerra de los mundos*, publicada en 1898, es también una de las más famosas de su autor. Pertenece por derecho propio al género tan popular en la ciencia-ficción de las invasiones de extrate-



MARIO LACOMA, LA GUERRA DE LOS MUNDOS, MADRID: ANAYA, 1987.

restres, y ha dado lugar, ¿cómo no?, a varias películas. Pero pasará a la Historia del Cine con más honor por haber sido la novela que adaptó Orson Welles (sólo una *e* de diferencia en los apellidos) a la radio, y con la que aterrizó a América, además de hacerse famoso a su costa.

No contento con introducir a Marte en la Tierra, años después Wells llevará a los terrícolas a la Luna. Y sin dejar de mirar a las estrellas, otra novela posterior se llamará *En los días del cometa*. Un relato de treinta años después se titula *Engendrado por una estrella*. Nuestro soñador necesitaba escaparse del suelo que pisaba para dar cuerpo a algunas de sus utopías.

Podríamos hablar todavía de *Doce*

historias y un sueño, colección de relatos fantásticos y terroríficos que uno aprecia especialmente. Podríamos, puestos a seguir hablando, referirnos a la relación de H.G. Wells con las mujeres, pero el espacio se nos acaba. Y si alguno de los lectores tiene interés en conocer más cosas de este hombre singular que viajó a la Luna, surcó los mares del tiempo y detuvo la guerra entre los mundos, les recomiendo un apéndice a su experimento de autobiografía. Me refiero a la edición castellana de *H.G. Wells enamorado*, editada por Plaza y Janés en 1986, y que recoge textos del autor seleccionados por su propio hijo. ■

* Juan Tébar es escritor.